

tuto, salió de ella á pesar de las vivas instancias de todas las Hermanas. En el momento de su partida, sus treinta y nueve Hijas se colocaron á su paso, y la Santa les dijo: «Adiós, Hijas mías; creo que todas sois buenas. A lo cual contestó la Superiora que no había bastante recogimiento en la casa, y que ella era la culpable, porque tenía menos que todas. «Quiero creer—replicó la bienaventurada—que habláis así por humildad, porque un monasterio sin recogimiento sería más bien un desorden que una religión.»

Salía del monasterio, cuando una de las personas más importantes de la ciudad, sabiendo al mismo tiempo su llegada y su marcha, vino presurosa á rogarle que fuese á aplicar alguna reliquia del bienaventurado San Francisco de Sales á un pariente suyo, afligido hacia muchos años con una grave enfermedad. Llena de fe, decía en alta voz que esta aplicación de las reliquias de un Santo, hecha por Santa, curaría infaliblemente al enfermo. La venerable Madre de Chantal, cuya bondad no sabía rehusar nada á los pobres ni á los enfermos, iba á consentir en ello, cuando supo que el mal de aquella persona tenía algo de providencial, y entonces se excusó, haciendo conocer cuánto respetaba la menor indicación de la voluntad de Dios (1).

Desde Autun fué á Macon, en donde encontró un gentío inmenso que la esperaba en la calle, porque nunca había ido á esta ciudad, y su llegada era un gran acontecimiento. Todas las señoras fueron á visitarla, y entre ellas la señora Presidenta de Framaye, la cual llevaba en brazos á una nieta suya de edad de dos años. La bienaventurada se acercó á ella, y acariciando á la criatura, «he aquí—dijo—una niña que será para nosotras.» Algunos años después, esta niña se decidió tan de veras á ser religiosa, que una noche esca-

(1) *Fundación inédita de Autun*, pág. 30.

ló las paredes del convento. Murió joven, dejando embalsamado el monasterio con el perfume de sus virtudes.

La Madre de Chantal no estuvo más que dos días en Macón, y en el segundo, la Superiora, para distraerla un poco, y sabiendo que no gustaba más que de cosas de devoción, hizo que sus Hijas cantasen en su presencia un *Stabat* en música, que comprendía cuatro partes. Tenían hermosas voces, y sabían tocar instrumentos. La Madre de Chantal escuchó con gran recogimiento, y cuando concluyeron, las dijo con un continente severo y grave: «Hijas mías, esto es hermoso, pero deseo que no lo volváis á hacer, acordándoos que es contrario á la sencillez del Instituto.» Reprendió luego á la Superiora, que se puso de rodillas, y recibió con profunda humildad la corrección (1).

En Lyon, adonde fué en seguida la Madre de Chantal, pasó quince días, tanto en el monasterio de Bellecour como en el de la Antigualla. Este último, que acababa de dar hospitalidad á las Hermanas de Villafranca, amenazadas de los peligros de la guerra, contaba por este motivo con noventa religiosas. La Santa estaba gozosísima viendo tan gran número de Hijas suyas, y todas con tanto recogimiento, silencio y mutua cordialidad, que no podía desearse más; admiró sobre todo la perfecta unión que reinaba entre la nueva Superiora y la recién depuesta, y decía en alta voz que este espectáculo le había dado el más vivo consuelo (2).

Desde Lyon pasó á Valence, en donde se detuvo, y dirigió á las Hermanas algunas buenas palabras, que escucharon y recogieron con el mayor cuidado. Al despedirse, y ya en el umbral de la puerta, se acercó una Hermana y le ofreció una cajita de *Agnus Dei*, excusán-

(1) *Fundación inédita de Macón*. (Archivos de este monasterio.)

(2) *Fundación inédita del segundo monasterio de Lyon*, pág. 325

dose de presentarle tan poca cosa. La Santa la escuchó con agrado y le dió las gracias, pero añadió: »¡Oh! Hija mía; yo hubiera querido más que todo, saber que estabais tan pobre que no teniais nada que darme (1).»

Habiendo emprendido el camino por el Ródano, la Madre de Chantal desembarcó en Pont-Saint-Esprit, adonde llegó el 23 de Junio, encontrando el monasterio en suma pobreza. Animó á las Hermanas á la paciencia, recorrió la ciudad para encontrar un lugar á propósito para edificar un convento, le compró, y dijo á la Superiora que confiase en Dios para pagarlo, asegurándole que muy pronto las socorrería, lo que sucedió poco después de un modo admirable (2).

En el momento en que salía de Pont-Saint-Esprit, é iba á volver á embarcarse en el Ródano para llegar á la ciudad de Aviñón, el cielo se encapotó y anunció una tempestad, por lo cual quisieron detenerla é impedir el que se pusiese en camino. «Si hay peligro—dijo con aquella prudencia que la caracterizaba—es menester no tentar á Dios. Sepamos lo que dicen y piensan los barqueros.» Éstos, después de mirar al aire y á las nubes, declararon que llegarían á su destino antes de que empezase la tempestad. «Basta—dijo la Santa—nuestro Santo Padre se hubiera puesto á merced de la Providencia bajo la palabra de los barqueros, porque Dios les ha dado inteligencia en las cosas de su oficio.» Llegó á la ciudad de Aviñón la víspera de Pentecostés de 1636, y fué recibida, como casi en todas partes, procesionalmente, con repique de campanas y toda la solemnidad posible. La Madre de Villars, Superiora, le presentó las llaves de la casa, y la asistente el agua bendita para que rociase á las Hermanas; pero no quiso absolutamente hacerlo. Las coristas entonaron el *Benedictus*,

(1) *Fundación inédita de Valence*, pág. 165.

(2) *Fundación inédita de Pont-Saint-Esprit*, pág. 482.

que trató de interrumpir inútilmente, porque las Hermanas estaban tan llenas de alegría, que, sin escuchar nada, cantaron también el *Laudate*, mientras la Madre de Chantal adoraba al Santísimo Sacramento. Al salir del coro, las niñas del hábito pequeño, vestidas de ángeles, le manifestaron en verso la alegría de la Comunidad. La venerable Madre estuvo cinco días en el monasterio, hablando á cada una en particular, asistiendo á todos los ejercicios, respondiendo á todas sus preguntas, y hablando sin cesar á las Hermanas del santo amor de Dios y de su pequeño Instituto. «Creed, Hermanas mías—las dijo al marcharse—que os llevo á todas en mi corazón, y os ruego me concedáis la gracia de conservarme en los vuestros, para que pidáis al Señor, que lo que me reste de vida se emplee según su beneplácito, y tenga misericordia de esta pobre criatura (1).»

La Provenza recibió en seguida á esta grande Fundadora, preparándola en cada ciudad nuevas ovaciones. Se notó que en el instante en que entró en esta provincia, cambió el tiempo de repente. Lluvias menudas principiaron á caer, contra lo acostumbrado, dos ó tres veces á la semana, refrescando la atmósfera, abrasada por los ardientes calores del día. Los habitantes estaban admirados y gritaban: ¡milagro! ¡milagro! Se hubiera dicho que la tierra conocía la pisaba una Santa. Este año fué sumamente fértil (2).

En Arlés, por donde entró en Provenza la Madre de Chantal, corrió el pueblo en tropel á recibirla, y la acompañó hasta el monasterio dando gritos de alegría. Pasó allí la noche, y al día siguiente, cuando se preparaba á salir, una señora desconocida fué á suplicarle se dignase comer aquel día en su casa. La Santa no lo hacía jamás en las ciudades en donde había monaste-

(1) *Fundación inédita de Aviñón*, pág. 191.

(2) *Declaraciones de la Madre de Sonnaz y de la Madre de Monthouz*, sup. art. 49.

rios; pero en esta ocasión reflexionó un momento, levantó los ojos al cielo, y volviéndose hacia la señora: «Sí, hija mía — le dijo — iré con mucho gusto.» Ésta, llena de fe, en lugar de sentarse á la mesa con la Madre de Chantal, quiso servirla con sus propias manos. La Bienaventurada lo consintió con grande admiración de la Hermana que la acompañaba, porque no acostumbraba á hacerlo así. Concluida la comida se preparaba la Madre de Chantal á marcharse, cuando la señora, toda conmovida, y sin poder contener la expresión de su reconocimiento, se echó á sus pies y le dijo: «Madre mía, hace tres meses que estoy sufriendo de calenturas, pero habéis venido á mi casa y ya estoy sana (1).»

Al salir de Arlés, la santa Madre fué á Aix, donde su recepción fué aún más solemne. A más de una jornada de la ciudad principió á encontrar en el camino una multitud de coches de las señoras más calificadas del país, que iban á darle la bienvenida y á cortejarla. A medida que iban adelantando, iba creciendo el gentío, el cual obstruía el camino, y el pueblo gritaba al pasar el carruaje en que iba la Bienaventurada: «¡Mirad la Santa! ¡Mirad la Santa!» Luego que llegó al monasterio fueron á visitarla en corporación los magistrados del Parlamento y del Tribunal de Cuentas, y poco después el Ilmo. Sr. Arzobispo de Aix, quien al salir, después de una larga conversación con ella, decía á la Superiora: «Verdaderamente no se puede ver á vuestra incomparable Madre sin conocer su santidad.» El Ilmo. Sr. Pedro de Cornulier, Obispo de Rennes, que por casualidad se hallaba en Aix, se conmovió tanto con sólo ver á la bienaventurada Fundadora, que se puso de rodillas y le pidió su bendición, con lo cual la pobre Madre empezó á temblar, sus ojos se llenaron de

(1) *Fundación inédita de Arlés*, pág. 355.—*Memorias de la Madre de Chaugy*.

lágrimas y quedó tan suspensa y confusa que no pudo decir una sola palabra. Desde entonces este digno Obispo quedó tan encantado con lo que veía, que resolvió hacer el viaje á Saboya, «á fin—decía—de gozar á gusto, una vez siquiera en mi vida, de la saludable conversación de esta Santa (1).»

De Aix se dirigió á Marsella, en donde se la recibió con no menos vivas demostraciones de alegría y de respeto. Llenas de júbilo las Hermanas por tener con ellas á su venerable Fundadora, á quien no habían conocido hasta entonces, le cambiaron su velo, el hábito y hasta la ropa blanca, y guardaron todas estas cosas como reliquias. Por su parte, la Bienaventurada no se cansaba de contemplar el recogimiento de las Hermanas y su unión con Dios. «¡Oh! si hubieseis visto esta casa—escribía—os hubierais llenado de admiración. En ninguna parte he quedado más satisfecha, porque aquí reina el verdadero espíritu de oración, unión, exactitud y grandísima sencillez (2).»

Los demás monasterios de la Provenza estaban demasiado lejos para que la Madre de Chantal fuese á visitarlos, y se convino en que las Superiores de Sisteron, Digne, Toulon, Draguognan, Grasse y Forcalquier irían al monasterio de Aix para conferenciar con la Santa sobre el estado de sus casas. Hay que renunciar á pintar la alegría de estas venerables ancianas, cuando se vieron reunidas alrededor de su santa Fundadora. Muchas escribieron á sus Comunidades que ya no morirían sin haber gozado de una perfecta felicidad en la tierra, pues que habían visto á su venerable Madre.

Los catorce días que pasaron juntas se emplearon en examinar y resolver una multitud de dificultades prácticas, que resultaban de los usos y costumbres del

(1) *Fundación inédita de Aix*, pág. 216.

(2) *Fundación inédita de Marsella*,

Mediodía, tan diferentes de los del Norte, y en derramar sus corazones en el suyo con recíprocos testimonios de confianza, honor y afecto. Lágrimas abundantes manifestaron bien á las claras, el día de la separación, los sentimientos de todas las Hermanas. Lo que contemplaban conmovidas en la venerable Madre de Chantal, lo que las asustaba haciéndolas temer su próximo fin, no era precisamente su vejez, que era hermosa y robusta, y prometía aún mucha vida, sino el alto grado de consumación en Dios, especie de divina madurez, que indica, cuando se advierte en los Santos, que no está lejos la hora de partir á la región eterna. Por esta causa, convencidas de que no la volverían á ver en este mundo, no podían separar su vista de esta venerable Madre, ni hartar sus corazones de su amable presencia. Procuraron no olvidar, sobre todo, las últimas palabras que las dirigió. Recomendó encarecidamente á las Superiores que hiciesen florecer más y más la santa observancia en sus casas; que procurasen librar á sus Hijas de las ternuras, tanto del cuerpo como del alma, y que inculcasen profundamente en sus corazones esta palabra del divino Maestro: «Si alguno quiere venir en pos de mí, que se renuncie á sí mismo, tome su cruz y me siga.» Que á estas tres prácticas, de renunciarse á sí mismas por una santa abyección, tomar su cruz, es decir, todas las humillaciones con una verdadera fidelidad, y seguir á Nuestro Señor con una generosa práctica de las virtudes, les hiciesen juntar tres amores: el de Dios, el del prójimo y el de su propia abnegación; que con esto esperaba que todas se verían en el cielo, y vivirían en una eterna alegría en esta mansión bienaventurada. » Al acabar estas palabras las bendijo, las abrazó, las encargó llevasen á todas sus Hijas las más vivas expresiones de su santo amor, «que nada—decía—debilitaría jamás en su alma.» Las Superiores partieron conmovidas y entusiasmadas por todo

cuanto habían visto, y su mayor gusto, mientras vivieron, fué decir y contar á sus Comunidades las palabras y ejemplos de la Madre de Chantal, á quien ya no se llamaba más que la Santa (1).

Concluidos estos negocios, la Madre de Chantal quiso antes de dejar el Mediodía visitar la casa de Montpellier. Cuando en 1631 la Madre de Marigny fué á fundarla, tuvo que resignarse, como recordaremos, á oír una porción de arengas y cumplidos de los gobernadores, magistrados y del clero, ¿qué había de suceder yendo en persona la Madre de Chantal? Así, apenas circuló en la ciudad el rumor de su llegada, cuando se preparó todo para una manifestación solemne. El clero, la nobleza, la magistratura, fueron en corporación sucesivamente, á dirigirla discursos tan llenos de elogios, «que la hacían poner sonrosada, como una jovencita que recibe una humillación.» Y decía en alta voz cuando se marchaban las diputaciones, «que si según el espíritu de su bienaventurado Padre no debiese ser atenta y cortés, se hubiera ido á esconder á lo más hondo de una bodega para no oír semejantes palabras (2).»

Entre las personas de mérito que fueron á consultarla, se cita un procurador del Rey, hombre de eminente virtud, llamado el Sr. de Ramisce, que hacía largo tiempo se sentía inclinado á abandonarlo todo para encerrarse en un convento, y no sabiendo qué resolución tomar, no hallaba sosiego para su espíritu. «Pero señor—le contestó la Madre de Chantal—¿qué sería de la barquilla del mundo si todos los buenos la abandonasen?» Y después le explicó en términos vivos y expresivos todo el bien que podía hacer un hombre en su posición. Con esto vivió después este caballero con mucha paz, ocupado en buenas obras, persuadido de que Dios le había hablado por medio de esta santa mujer.

(1) *Fundación inédita de Aix*, pág. 216.

(2) *Fundación inédita de Montpellier*, pág. 401.